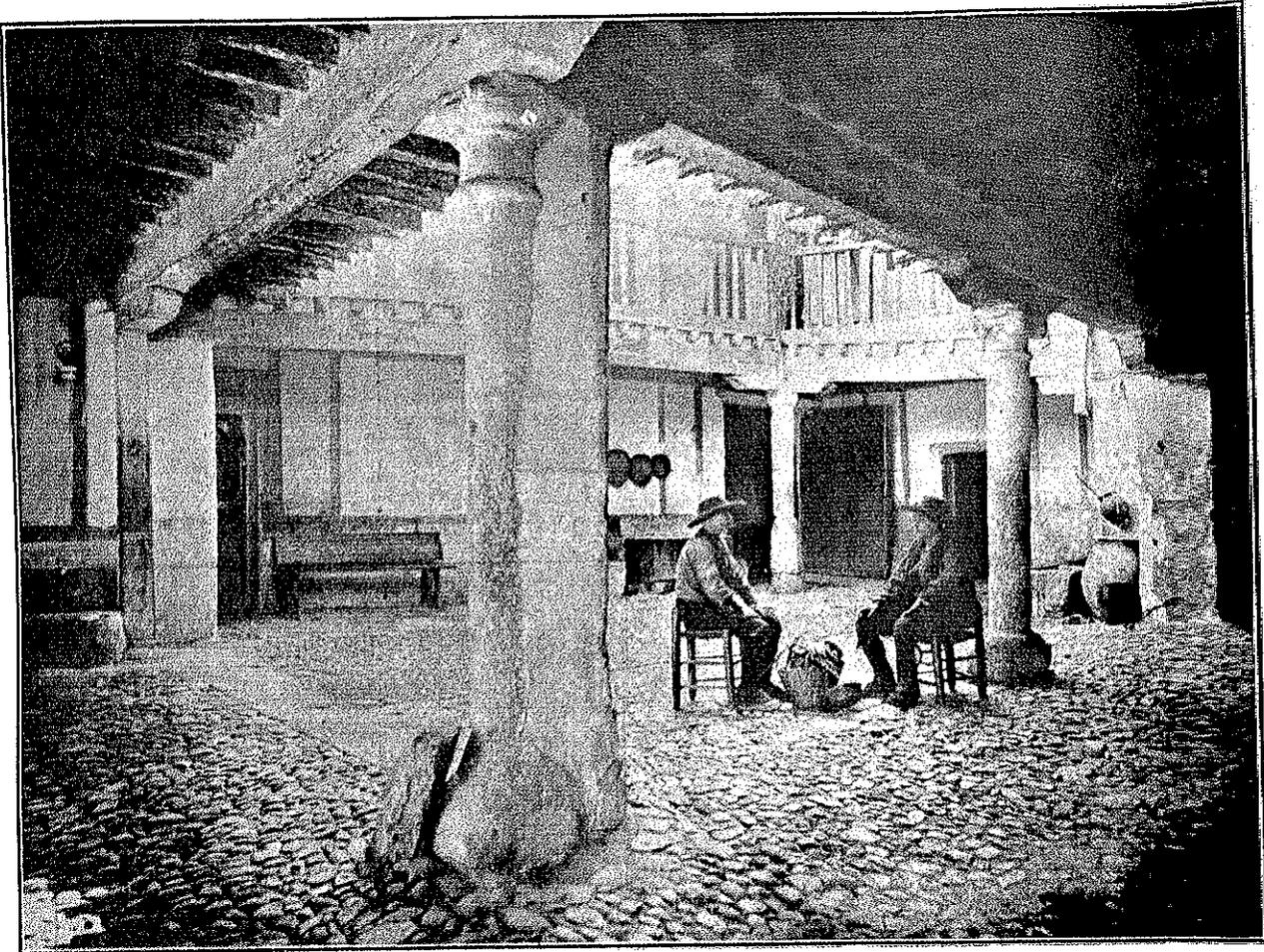


## RESTOS DE UNA NOVELA



La posada del Sevillano, la señorial posada que cobijó todos los hidalgos que a su paso por la imperial ciudad de las obras de arte, sintieron deseos de conocer a la fregona, —aquella fregona llamada ilustre, recatada cual ninguna, hermosa como un sol, ama de llaves de la plata, que dormía á pierna suelta mientras D. Diego, el hijo del regidor, entonábala trovas de amor acompañándose de una muy gentil y bien sentida música—. La posada del Sevillano, guardadora de la mayor beldad que en tiempo alguno fué celebrada por arrieros y trágicantes andaluces, por hidalgos castellanos, por todos aquellos que una vez tan siquiera, viéronla humilde, callada y pudibunda, recorrer el zaguán de la posada, el patio de la misma, los corredores altos de barandilla de madera, atenta siempre a sus quehaceres, sin que el son de un requiebro lanzado al paso, hiciérala levantar los ojos del suelo, ni alterar en lo más mínimo la serena limpidez de su mirada.

Tal el milagro de su belleza, tal su recato y cortesía, tal su discreción y buenas formas, que el hidalgo de Burgos que a graduarse iba de hampón en la universidad de las almadrabas de Zahara, dió al traste en el punto y hora que la vió con sus propósitos, y convertido quedó por obra y gracia de nuestro buen señor don Amor en Tomás el mozo de la cebada, que al par que las cuentas, asentada dejó en el libro registro una muy bien compuesta poesía, que tuvo la virtud de encender el recelo y la desconfianza, en el confiado pecho del buen ventero tutor y guardador de tan codiciada joya,

mientras su amigo y compañero quedó convertido en aguador asturiano, remilgoso de las ofertas amorosas de la Argüello, comprador del famoso pollino, preso por la reyerta con otro compañero aguador, libertado de las garras de la justicia merced al unto de ducados, jugador en la Vega del quinto cuarto de su rucio, reclamador de este cuarto con todo lo que a la cola perteneciese, desde el mismo comienzo del cerebro hasta los últimos pelos del rabo.

La posada del Sevillano, la que asistió a las querellas de amor del buen mozo Tomás, cuando dió a la recatada fregona aquella oración para el dolor de muelas que aprendida traía él en la cabeza de donde se la trasladaría a un papel, para que a solas sin que nadie la viese la leyera ella, porque así no se menoscabase el efecto sabiéndola los demás.

La confesión del ventero con las muestras de tal verdad en aquella cadena rota y aquel papel cortado como mano enclavijada... El misterioso parto de la dama hidrópica que iba en peregrinación a Lourdes acompañada de sus criados ignorantes de su estado; el amor con que el buen ventero había cuidado como a hija propia a aquella que una madre le entregó con lágrimas en los ojos y su vano esperar días y días la llegada del mensajero que había de traer el otro papel y la otra cadena que completasen la señal, días que sumaban ya, si él no estaba trascordado, quince años un mes y cuatro días.

FRANCISCO COLÁS